

limbo

Núm. 33, 2013, pp. 181-187

ISSN: 0210-1602

REVISTA DE LIBROS

Escritura en el destierro. Savater y Santayana

JOSÉ SÁNCHEZ TORTOSA

Fernando Savater, *Acerca de Santayana*, PUV, Valencia, 2012, 192 pp.

La escritura alcanza a ser, en felices y raras ocasiones, un exilio en el que se ejercita la lectura, una batalla serena y, a veces, agitada, en la que se puedan sacudir los cimientos impostados que evitan enfrentarse al sinsentido inexcusable de lo real repitiendo las consignas típicas o típicamente extravagantes. Los libros con los que un escritor se topa van conformando, a la contra y a favor, su escritura. La escritura es la continuación de la lectura por otros medios. Y no es imposible que la escritura acabe siendo, en estos tiempos de *calcinada memoria* (José María Álvarez *dixit*) y estulticia hecha institución, la expresión patética de la incapacidad para la lectura, por muchos días del libro o ferias con las que las autoridades pongan en el escaparate el circo con el que la muchedumbre pueda seguir engañándose, de un modo *culto* esta vez. Así, el sujeto testimonial que, a modo de epitafio inconsciente, inscribe su identificación administrativa o tribal bajo el título y se considera, así, nada menos que *autor*, en un ataque convencional y comprensible de superstición y vanidad, incurre en el olvido de su condición de exiliado en medio del vértigo inagotable de la existencia y, consecuentemente, en soberbia y tristeza mejor o peor disimulada, esos nombres solemnes para la ignorancia, la incapacidad o la enfermedad.

George Santayana cumplió su condición de exiliado vocacional con el material de su propia biografía y, extranjero casi siempre, acaso el estatuto ontológico definitorio de la escritura que no es mera repetición y consigna, supo inventar esa paradoja radical que es la del español cosmopolita, criado en Boston, que escribe en inglés y muere en italiano, siempre europeo, siempre castellano. Fue un huésped de paso, tanto por las vidas como por las letras:

No es de aquí, es un forastero, está de paso también por los géneros y los hábitos culturales (p. 65).¹

Fue un madrileño por accidente y un español desarraigado que ejerció el carácter transitorio de la existencia, y el de la escritura que dice ese carácter. Desde la lejanía, ese lazo con Ávila, la ciudad de su infancia, nunca dejó de estar presente, aun en el último trámite burocrático por renovar su pasaporte español en Roma cuando murió. Fue un desterrado que no hizo bandera de su destierro, excéntrica anomalía dentro del panorama intelectual español:

No padeció el destierro, lo que le hubiera servido de timbre de gloria sobre todo si fuese por razones políticas, sino que lo eligió como un resignado deleite casi perverso (p. 118).

Enterrado en la capital italiana, el centro del viejo Imperio, en el cementerio para extranjeros, yace un español que, como la mayoría, apenas lo fue.

No es de extrañar que Fernando Savater acabara, más pronto que tarde, dando con su obra, en condiciones de extranjería provisional y administrativa (el servicio militar) y a través de otras lecturas, en este caso a través de las referencias de Russell —otra de las debilidades de Savater—, al que, sin embargo, no gustaba especialmente la obra de Santayana. El avistamiento, metáfora del gusto de un incondicional de *Moby Dick*, se produjo justamente gracias a un poema, *Cape Cod*, en el que el mar aparece como un acontecimiento que re-

sume la condición humana, como ese destello en el que se atisba la prodigiosa perfección fuera de toda escala antrópica, que es la sustancia infinita de Spinoza y su orden necesario. El hallazgo desencadenó un encuentro en el que Savater reconoce una cierta medida fructífera, ese sosiego característico de la sabiduría que queda tras la furia estéril de la juventud como dogma. Y, sobre todo, reconoce la ironía del desterrado, síntoma mayor de toda inteligencia y vínculo de sangre de la amistad filosófica. O, como sintetiza el propio Savater en la presentación del libro que nos ocupa:

lo he admirado precisamente por semejante desprendimiento, por esa ligereza de ánimo sin notas a pie de página, por ese sublime y retador desenfado (presentación, p. 15).

Es un libro que, como otros de Savater, constituye una celebración de la lectura, en el que se condesciende a escribir por rendir tributo a la obra leída y a las lecturas compartidas. Escribir no deja de ser una concesión a la vanidad o a la necesidad de ingresos económicos. Savater ha comentado en alguna ocasión que si le hubieran pagado por leer, probablemente, no se hubiera dedicado a publicar libros. Es la celebración de la lectura la que justifica este libro y la afinidad entre Santayana y Savater. Algunos acostumbra a sintonizar entre sí por ser del mismo equipo deportivo, del mismo partido político, de la misma tribu urbana, del mismo pueblo. Otros, en la distancia, por compartir algunas predilecciones o manías literarias.

El pensamiento de Santayana, además, tenía necesariamente que resultar atrayente para Savater debido a varios rasgos básicos que definen su obra. Acaso el más relevante sea su materialismo sutil, que se alimenta de esa precisión tan difícil para atinar con la línea que marca la distancia exacta entre dogmatismo y relativismo, entre fanatismo y nihilismo, entre cientifismo y misticismo, sobre la cual se edifica la filosofía, que salva de caer en cualquiera de esas variantes del mismo agujero negro. Savater encuentra en Santayana

un alma gemela filosófica, pues también él se situó filosófica y biográficamente casi siempre entre esos dos abismos de la mentalidad humana:

Los abogados de lo divino denuncian que el hombre se degrada al perder su vinculación con lo más alto, los científicos creen que el animal humano se empina demasiado y niega sus vinculaciones materiales. Unos y otros orillan lo más notable del raro prodigio que somos, es decir, personalidades que provienen sin milagro de lo impersonal. Ni nos humilla en realidad perder los parentescos celestiales ni nos condiciona a la baja provenir de combinaciones de aminoácidos (p. 165).

Especialmente valioso para Savater resulta, sin duda, su capacidad para no ser pomposamente sistemático, sin perjuicio de que Santayana no renunciara a esa pretensión, de la que saludablemente quedó a salvo, según el dictamen de su lector:

su gusto por la metáfora complacientemente poética le inutilizaba para la empresa árida de la construcción absoluta (p. 66).

Pero el hecho de no construir un sistema filosófico, con la pesadez intransigente y rígida de los edificios que anuncian las ruinas, no le impidió ser clásico y quedar libre de las ligerezas de la postmodernidad más vacía en fase de gestación:

(...) se empeñó en edificar un gran sistema, tarea en la que le fallaron a la vez las fuerzas y el estilo, por no hablar de su propia época (p. 129).

De ese modo, consiguió la heroicidad intelectual de evitar la tentación de la metafísica sin caer en la atracción fatal del relativismo o la irracionalidad, y pudo mantenerse ajeno al riesgo de pasar «De la tiranía de los dogmáticos al imperio de los indolentes», (p. 42). Su virtud intelectual y literaria consistió en ser «demasiado escéptico y poético, demasiado razonable y discreto, demasiado obviamente

te congruente con toda la tradición filosófica, demasiado subjetivo y demasiado reverente con los hábitos de la objetividad, demasiado ambicioso en sus aspiraciones y demasiado modesto en sus medios.» (p. 67)

Ésta es la razón por la cual la obra de Santayana se debate entre la literatura y la filosofía. Acaso el tránsito de la una a la otra, la aventura por distintos géneros, poesía, novela, ensayo, ética, estética, obediencia a ese andar a tientas en busca de la clave que permita, a la vez, dar con la teoría general sin omitir los detalles de la contingencia, reproducir conceptualmente el ordenamiento de lo real y expresar la consistencia minuciosa de las superficies, todo un imposible. Seguramente, un autor como Santayana, y a su manera Savater, necesite, por el impulso de satisfacer las pretensiones de su escritura, probar modalidades literarias diversas para componer con todas ellas una obra que no desmerezca las palabras de Borges, citadas en el capítulo dedicado al argentino:

Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otras cosas no son la filosofía) pueda parecerse mucho al universo. También es aventurado pensar que de esas coordinaciones ilustres, alguna —siquiera de modo infinitesimal— no se parezca un poco más que otras (p. 116).

A eso se debe el libro *Tres poetas filósofos*, que compone en honor de Lucrecio, Dante y Goethe, poetas de difícil catalogación y cuyas obras se nutren de materiales netamente filosóficos, así como los *Diálogos en el limbo*, tributo a un venerable estilo de literatura filosófica ya extemporáneo.

Y no menos afín para Savater habría de resultar una obra en la que es un latido constante ese escepticismo lúcido que no es nihilista ni ciego ni se regodea en la imposibilidad del conocimiento, otro refugio, otra caverna, otra coartada. Ese modesto escepticismo crítico que se limita a renunciar al acatamiento y al exabrupto, que no se entrega a la sumisión resignada ni a la rebeldía sumisa, fácil recurso del pusilánime.

Ese acierto filosófico, que se construye sobre la destrucción dialéctica tanto del absolutismo idealista como del reduccionismo corporeísta, es heredero de la noción aristotélica de *mesotés*, y antes aun del principio platónico de la *symploké*, a su manera reinterpretado por Santayana, principalmente, en *Los reinos del ser*, donde recurre a la noción de esencia:

las esencias son definidas y pensables. La existencia es sólo sufrida (p. 68).

Y alcanza, por exigencia teórica irrenunciable, al plano de lo político, donde el fanatismo y el relativismo, la tiranía y la anomia constituyen las derivas que es innegociable combatir. Por eso, el conservadurismo discreto y razonable de Santayana, motivo más que suficiente para el olvido de su figura en España, y de su carácter minoritario en la actualidad, no puede dejar de ser admirado, si bien con matices y cierto distanciamiento, por Savater. Fuera de las adhesiones incondicionales, a las que Santayana era ajeno, es difícil encontrar seguidores en masa. Por eso, su destierro biográfico se repite institucionalmente, alejado de las referencias de la mayoría de los eruditos e intelectuales de salón. Ese conservadurismo racional recuerda al honor que, en cierta ocasión, y según confesión del propio Savater, le cupo de ser encasillado por un funcionario de prisiones, con notable dosis de precisión involuntaria, bajo la categoría de «anarquista moderado», suceso que tuvo lugar durante esa curiosa época de la historia de España en la cual había muchísimos menos antifranquistas de los que ha habido después de la muerte del dictador.

El libro interesará al lector de Santayana y al de Savater, al de Santayana, aunque no se considere lector de Savater, y al lector de Savater, aunque desconozca la obra de Santayana. Savater acierta a condensar las líneas más importantes y sugerentes del pensamiento de Santayana y abre el apetito lector para el que no esté familiarizado con él. Y, sin embargo, como es costumbre en un escritor con la fa-

cilidad que tiene Savater para acertar con la combinación precisa, el libro es reconocible en su estilo y lleva la impronta de ese lector apasionado que el escritor apenas esconde y que, en el fondo, le hace ser lo que es.

En la columna del debe, sin embargo, es obligado contabilizar que el libro resulta a veces algo repetitivo (ej: capítulos *Las vinculaciones entre estética y ética*, *El discreto encanto*, los dos últimos del apartado *Ese extraño Santayana...*), lo cual no impide el acierto de la selección de los textos que componen esta necesaria antología, un compendio que nos aproxima una paradoja biográfica envuelta en una paradoja literaria.

NOTA

¹ Todas las citas corresponden a la obra reseñada.

Ciudad Educativa Municipal Hipatia (FUHEM)

Avenida del 8 de Marzo, s/n

Rivas Vaciamadrid

E-28523 Madrid

E-mail: josesancheztortosa@gmail.com